



VIGÉSIMO OCTAVO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día 26 de junio: el poder de la oración que confía en el amor de su Corazón

El evangelio tiene pasajes preciosos que nos hablan del poder de la oración. Por ejemplo, el momento en el que aquella mujer cananea le pide a Jesús que cure a su hija (Mt 15,21-28). Ante la negativa de Jesús, con aquella expresión fuerte, *no está bien echar a los perritos el pan de los hijos*, ella insiste con humildad y perseverancia, hasta que lo consigue. Lo que consigue no es una cosa baladí, se trata de -aparentemente- “cambiar” la voluntad divina en favor de los hombres: Dios traía la salvación primero al pueblo escogido, y desde ahí, a toda la humanidad. Pero hay un anticipo de esa salvación gracias a la petición de esta mujer llena de fe y confianza en el amor de Dios.



Esto mismo podemos trasladar a la petición de María en las Bodas de Caná (cf. Jn 2). Jesús viene a decirle que aún no era el momento de hacer lo que le pedía, pero por su intercesión confiada, que cree en el amor de su corazón, se le concede también un anticipo de la salvación.

Éste es el poder de la oración, Dios nos pide perseverancia, humildad, y audacia de pedir cosas imposibles. Así, la conversión y la salvación de muchos vendrá por la oración confiada, humilde pero perseverante de unos pocos.

Conviene aprender esta lección de los santos, que esperaban mucho más de Dios que de su capacidad, y así lo pedían en la oración. Dice San Manuel González: “he observado que muchos favores y milagros del Evangelio fueron otorgados, más que a la fe de los que pedían, a la ternura con que se trataba al Corazón de Jesús... Una comprobación de esa eficacia nos da la sagrada liturgia de la Misa, en los besos al altar, y al libro del Evangelio que da el sacerdote mientras celebra. Fijaos: cada ósculo de esos va precedido o acompañado de la petición de un gran favor para



sí y para la Iglesia, como remisión de pecados, participación de bendiciones y gracias, efusión de paz, etc. Besando: ¿no es así como sacan los pequeñuelos a sus madres cuanto quieren? La Iglesia, que conoce al Corazón de Jesús, y sabe cómo le gana la ternura filial, manda a sus sacerdotes que le pidan y le traten a besos...”

Señor Jesús, danos una confianza ilimitada en tu amor y en tu poder. Danos audacia para pedirte la salvación de los hombres con amor e insistencia, todos los días de nuestra vida. Danos fe en la oración, en la intercesión por otros. Da ternura a nuestras palabras, para que nuestro corazón conmueva el tuyo cada vez que te hablemos.

Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que tu voluntad se cumpla en mí, y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío mi alma. Te la doy con todo el amor del que soy capaz, porque te amo, y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque tú eres mi Padre. Amén.